

Mujeres que escriben sobre mujeres Los libros de Lucía Guerra y Ludmila Damjanova

Helena Araujo
Université de Lausanne

El feminismo no es estático, dice Amy Kaminsky, y será necesario siempre que las mujeres ocupen una posición de subordinación con respecto a los hombres (p. 22). Semblanza de este movimiento que avanza y halla nuevos ritmos y cadencias, proyectándose más allá de toda posible encrucijada, es la herencia de textos publicados en las últimas décadas. Resulta evidente, además, que si la huella de esa incansable pionera que fue Simone de Beauvoir, llega a ser indeleble, las investigadoras pueden hoy virar de la escuela francesa a la anglo-sajona o estudiar el análisis de la una por la otra, sin privarse de aportes ingleses, italianos, alemanes y, por qué no? hispánicos.

En un reciente ensayo sobre crítica literaria de latinoamericanas,¹ Lady Rojas-Trempe cuenta con una bibliografía —para nada exhaustiva— de medio centenar de títulos. Las paradojas de la alteridad y la diferencia, quiérase o no, han invadido terrenos textuales, semióticos y semánticos, vinculando una denuncia del status a una propuesta de transformación. Sí, sí, las mujeres leen a las mujeres, las mujeres escriben sobre las mujeres con un efecto multiplicador. Las editoriales —feministas o no— las publican y las difunden.

¹ Cf. Lady Rojas-Trempe, "La Crítica Feminista sobre Escritoras Latinoamericanas" en *Alba de América*, Instituto Literario Cultural Hispánico, Vol. 15, julio 1997, Números 28 y 29, pp. 131-141. En este texto de Rojas-Trempe, muy bien documentado, no se alcanzan a mencionar los dos volúmenes de *Literatura y Diferencia*, sobre escritoras colombianas (María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio de Negret, Angela Inés Robledo, editoras. Bogotá: Ediciones Uniandes y Universidad de Antioquia, 1995).

Fascinada y perpleja ante tanta obra nueva, me he decidido por dos: una que adensa en los contenidos histórico sociales del signo femenino y otra que aborda la problemática lingüística del género.²

Merecedor del Premio Casa de las Américas, el libro de Lucía Guerra sobre la *mujer fragmentada*, intenta, como ella misma lo asevera, “la búsqueda de un Yo, de un origen, no paradisiaco, sino ideológico-cultural”. (p. 215) La referencia al legado pre-colombino como fuente de una inevitable discriminación, ha de remitirle en principio a la tradición oral arcaica, llevándola a interpretar la simbólica binaria de lo superior-inferior (hombre-mujer), en los rituales aztecas de la gestación y el nacimiento. ¿Acaso no la reiterarán los griegos en el dualismo aristotélico de lo activo-pasivo o lo completo-incompleto? ¿Y qué decir de las Sagradas Escrituras? En el Génesis “la divinidad masculina resultará ser modeladora de un entorno natural que el hombre culturizará atribuyéndole en primera instancia, un nombre, acto de nombrar que es también signo de dominio” (p.37). Ya presente en San Agustín, la inferioridad de las mujeres se hará inapelable en Santo Tomás de Aquino, erigiéndose en dogma durante la Edad Media y degenerando en la obsesiva, delirante persecución de endemoniadas y brujas. Contra estas herederas de Eva, origen de todos los males, se impone sin embargo la mitología mariana, que en Latinoamérica no pasa de ser una abstracción, dentro de un “proceso de apropiación masculina, que tuvo, en su referente histórico concreto, la violación sistemática de la mujer indígena” (p. 49).

¿Maldita o bendita? ¿Súcubo o querubín? Entre tartufos, camanduleros y mojigatos, el cuerpo de la mujer desencadena un frenesí de censura y represión. Ya avanzado el siglo XVI, Juan Luis Vives le ordena cerrar el paso a los sentidos, pocos años antes de que Fray Luis de León ponga su

² *La mujer Fragmentada. Historias de un signo*, de Lucía Guerra, es Premio Casa de las Américas 1994 y tiene una edición cubana y otra chilena. Esta última con un epílogo en que conversan Diamela Eltit, Raquel Olea y Carlos Pérez sobre los contenidos feministas y sociológicos de la obra (Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1995) Además de ensayista, Lucía Guerra es novelista y cuentista. Su libro de relatos *Frutos extraños* ganó el premio Letras de Oro y el Premio Municipal de Literatura en Chile, 1992. Recientemente, Lucía Guerra, ganó también el Premio Côté-Femmes, en París por el conjunto de su obra (1997). En cuanto a Ludmila Damjanova, se ha inspirado en su tesis de Doctorado en la Universidad de Viena para su obra *Particularidades del Lenguaje Femenino y Masculino en Español*. Esta obra tiene una edición en la Universidad de Viena (1993) y otra en Argentina con el título *Sexo y Lenguaje* (Buenos Aires: Ediciones Uma, 1996). Además fue enviada a Marvel Moreno en 1995 poco antes de su muerte. Un cuento mandado por Marvel a la autora prologa la edición argentina.

entendimiento en entredicho.³ Limpia de deseos y conceptos, deberá pasar enseguida por el tamiz racionalista y cartesiano, guardando intacta su indefensión. Si ya en vísperas de la Revolución Francesa, legistas como Montesquieu declaran que su sometimiento tiene “fundamentos históricos pero no lógicos” (p. 60), el modelo rousseauiano la encausa sin remedio por tres vertientes: “la del corazón, que la hace ángel idolatrado, la del cerebro pequeño que le impide participar en las actividades intelectuales y la de sus manos o labor doméstica” (p. 67).

Cabe anotar, después de esta triple definición, que si la intención de continuar lo que podría considerarse una trayectoria signica, impide a Lucía Guerra alternar las falacias de un discurso escandalosamente sexista con protestas y reivindicaciones del primer feminismo europeo, su empeño en insertar a España y a Nueva España en esta visión antológica del pensamiento patriarcal la lleva en cambio a elogiar pioneras como María de Zayas y Sotomayor (1590-1661), Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) o Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). Más adelante relatará cómo, difamada aquí, despreciada allí, cuando no condenada a la reclusión o al destierro, la latinoamericana merece, empero, que a finales del siglo XIX, en Chile, se le llame “diosa tutelar”, y en México se le pida “crear almas, no leyes” (p. 70).

¿Deidad y creadora de almas? Lindando con la cursilería, los tribunos de nuestra América solían apenas repetir lo transportado en letra de imprenta desde el otro lado del mar océano. Consignas, además, que no brotaban siempre del conservatismo y la reacción: así, por ejemplo, si un Engels arremetía contra las arbitrariedades de la historiografía, esgrimiendo su formidable dialéctica, un Proudhom se aliaba sin pudores a la más vergonzante misoginia. ¿Y cómo olvidar a Nietzsche? Las páginas que le dedica a Lucía Guerra —quizá las más brillantes de su ensayo— interpretan con ímpetu una esperpéntica oscilación entre el aborrecimiento y la fascinación, la idolatría y el rechazo, confinando a la mujer en “lo censurado, lo devaluado, la no-verdad”, antes de incorporarla a “la fuerza afirmática de la simulación, el arte y lo dionisiaco” (p. 108).

Llegar al siglo XX es llegar a Freud, ingresar en los laberintos de la frustración-castración y en discrepancias que afectan más pronto la

³ En realidad, la misión didáctica de notables y prelados para con las damas casaderas viene de muy atrás. Antes de Juan Luis Vives está Fray Martón de Córdoba en el siglo XV y Don Antonio de Guevara a principios del siglo XVI, luego Pedro de Luján, Juan de Molina y varios otros. Cf. Brandenberger Tobias, *Literatura de matrimonio (Península ibérica, s. XII-XVI)*, Hispánica Helvética, Zaragoza: Libros Pórtico, 1996.

intelligensia anglosajona que la hispánica. A este respecto cabe decir que si la Madre Patria se conforma con pensadores como Gregorio Marañón; Argentina halla a su vez en Ernesto Sábato un discípulo, no del controvertido Sigmund, sino de su émulo Carl Gustav Jung, a lo largo de textos tal vez idealistas, pero no exentos de cierta acepción patriarcal. Mientras tanto, en el otro extremo del continente, Octavio Paz transforma teorías psicoanalíticas en versiones teñidas de surrealismo y poesía, llegando a la interpretación del signo anatómico sexual como “espiral de valores que rigen tanto la conducta como la visión del mundo del pueblo mexicano” (Guerra 96).

Ahora bien, antes de ingresar en ámbitos del feminismo contemporáneo, dentro y fuera de Latinoamérica, la autora efectúa una relectura de quienes han incorporado el signo mujer a los sistemas de la desconstrucción (Derrida), reinsertándolos en un plano lingüístico e histórico-social (Lacan). Discípulas del psicoanálisis serán las más apasionadas reivindicadoras del cuerpo como posibilidad de *jouissance*, y de la escritura como “inscripción de lo libidinal en una economía específicamente femenina” (p. 151). Sin embargo, surge aquí una paradoja: ¿no relegan así a la mujer en lo instintivo y en lo somático? Si el esencialismo de una Cixous o de una Irigaray resulta arriesgado, las divagaciones de Julia Kristeva sobre el lenguaje poético y sobre una maternidad ubicada “en la intersección de la naturaleza y la cultura” (p. 167), no alcanzan — pese a su dimensión filosófica — a despejar el panorama de una ideología binaria. El capítulo que Lucía titula “Hacia una Mater Narrativa”, prologado por un poema de Gabriela Mistral, adensa en lo que podría denominarse feminismo lacaniano, “previniendo sobre planteamientos que permanecen en el nivel de los significados y estructuraciones de construcciones imaginarias, intentando desmantelarlas desde un horizonte despojado de toda contingencia histórica” (p. 170).

Y es la historia, la memoria, lo que intenta rescatar un libro tan concernido por los dilemas del colonizador y el subalterno.⁴ Ahora bien, página a página el signo femenino ha venido ingresando en los cotos vedados de la subjetividad, no solo gracias a latinoamericanas como Victoria Ocampo y Rosario Castellanos sino a quienes pretenden recuperar para sí el ámbito doméstico o erigir su itinerario en un legado testimonial. Si Rosario Ferré,

⁴ La filosofía Gayatri Spivak se refiere con frecuencia tanto a la mujer colonizada como a la subalterna, en varios ensayos. Entre otros, “Subaltern Studies”, “Deconstructing Historiography”, incluido en *The Spivak Reader*, edited by Donna Landry and Gerald Maclean, New York: Routledge, 1996, p. 228.; Lucía Guerra menciona a Spivak en su bibliografía.

Laura Esquivel y Maruja Alvarez destellan en lo que podría llamarse un arte cisoria, Domitila Chúngura, Jesusa Palancares y Rigoberta Menchú “rescatan la palabra dicha para fijarla y difundirla a través de la escritura” (p. 176). Así una mayoría —antes silenciosa— halla voz y voto en su propia afirmación identitaria.

La editorial chilena Cuarto Propio, epíloga el libro de Lucía Guerra con diálogos en que Diamela Eltit y otros intelectuales se refieren a sus contenidos propiamente feministas y a una metanarrativa del discurso patriarcal que parece anteponer “un muro, una imposibilidad” (p. 200). La verdad es que en su afán de concretar una denuncia de la discriminación y la opresión impuestas por la *intelligensia* falocrática, Guerra no alcanza a mencionar mujeres cuyo aporte resulta importante en el contexto cronológico de las ideologías⁵. Cabe indagar además, si al señalar por ejemplo, una “asimilación de paradigmas patriarcales” (p. 138) en latinoamericanas del siglo XIX que osan expresarse a partir de un acondicionamiento social y religioso, no se excede en rigor. Involucrada en lo que podría asimilarse a una historia de las mentalidades, parece arriesgarse así a generalizaciones y revisiones de genealogías intelectuales que tal vez hubieran podido contribuir a la configuración del signo mujer. Como sugiere Diamela Eltit, su texto se abre a mayores cuestionamientos y alternativas en cuanto se aproxima a la contemporaneidad. Un formato de ensayo académico, sin embargo, parece llevarle a ciertos procedimientos metodológicos, así como a eludir los dilemas del militatismo. Consciente de estos itinerarios de escritura, dice Lucía Guerra al final: “La arqueología de este Yo, que quisiera fuera mío, en ningún momento pretende ser totalizante. Por el contrario, muchos sedimentos fueron apenas vislumbrados, piedras y arenas que quedaron en el camino como desechos paradójicamente significantes” (p. 215).

Con enfoques que implican un cambio de paradigmas y una nueva orientación en el análisis textual, el libro de Ludmila Damjanova sobre las particularidades del lenguaje femenino y masculino, se interroga en torno a los procesos de escritura que definen los comportamientos a partir de la

⁵ Si es cierto que Lucía Guerra menciona a ciertas latinoamericanas y españolas, tanto europeas como anglosajonas (a excepción de Mary Wolstoncraft), quedan por fuera. Se trata de una exclusión probablemente voluntaria, para hacer aún más impactante el discurso de misóginos y falócratas. Tal vez por este motivo, también, no se mencionen sino pocos feministas (De la Barre, Stuart Mill, Hostos). Y se irrumpa en el siglo XIX con Engels como detractor de la sociedad patriarcal, sin tomar en cuenta ciertos representantes del idealismo alemán que lo preceden.

diferencia. Como Lucía Guerra, Damjanova principia por una versión histórico-social del régimen patriarcal, enseñando el status de inferioridad asignado a las mujeres desde siempre. Si enseguida analiza los códigos de ambos sexos, es para demostrar que en España y Latinoamérica se cultivan conductas lingüísticas basadas en la desigualdad y la discriminación. Refranes, sentencias, decires, anécdotas, dejan huella de una tradición ya denunciada en el ámbito francófono por Simone de Beauvoir, y en el anglosajón y el hispánico por muchas de sus seguidoras. Basta recordar ciertas expresiones estereotipadas para demostrar cuánto participan en la interacción comunicativa. ¿Acaso no conciernen también al signo-tabú del cuerpo? Como otras autoras feministas, Damjanova opina que “la categoría del cuerpo es construida culturalmente y reposa sobre la necesidad de analizar y reelaborar el concepto de las relaciones sociales superando viejas oposiciones binarias” (p. 18).

Allí donde Lucía Guerra dedica páginas a lo que denomina “recursos del cuerpo”, abordando planteamientos teóricos que describen etapas biológicas y esencialistas del signo mujer, Ludmila Damjanova enfrenta estos “recursos” al imaginario patriarcal, denunciando los contenidos semánticos de ciertos textos. Al basarse en las teorías del norteamericano Susumo Kuno sobre la empatía, se atreve en seguida a preguntar hasta qué punto un autor/autora puede identificarse con su protagonista en capítulos y secuencias eróticas. Mujer-objeto, mujer-mercancía, mujer víctima, son binomios vinculados al muy antiguo apareamiento de violencia y violación. ¿Quién se atreve a negar su vigencia? Las feministas Uta Ranke-Heienmann y Luise Pusch han explicado cómo los atributos supuestamente viriles de la agresión y el asedio fueron aprobados desde el medioevo por jerarcas eclesiásticos. La famosa frase de San Alberto Magno sobre la lubricidad de la hembra pundonorosa (entre más se resiste antes, más exigirá después), es ejemplo de un saber genérico heredado a través de los siglos. Influenciados por una tradición aún vigente en élites literarias masculinas, algunas escritoras latinoamericanas reproducen el esquema sadomasoquista del amor, mientras otras lo eluden mediante estrategias lingüísticas de gran sutileza. Al comparar textos de Gabriel García Márquez y Plinio Apuleyo Mendoza con textos de Marvel Moreno e Isabel Allende, Damjanova estudia la jerarquía de la empatía en la estructura sintáctica, llegando a conclusiones que enfrentan la rapacidad masculina a la indefensión-frustración de quienes, sin embargo, parecen ávidas de “encontrar su propia sexualidad, vivirla, aceptarla” (p. 127).

“El simple hecho de que nuestra mente pueda hallar analogías, de que el mundo de las apariencias nos recuerde cosas no aparentes”, dice Hannah Arendt, “ha de considerarse como una prueba de que mente y cuerpo, pensamiento y experiencia de los sentidos, lo visible y lo invisible, son hechos el uno para el otro” (p. 109). Interesada en las innovaciones lingüísticas aportadas por una visión del cuerpo hasta hace poco censurada, Damjanova dedica la segunda parte de su libro al valor hermenéutico de la metáfora. Al descartarla como estereotipo, principia citando a los románticos y a Nietzsche, quienes la consideran base fundamental de la lengua. Será creando la teoría del falocentrismo y el concepto de lo inexpresable en la mujer, que Derrida inspirará en feministas como Cixous e Irigaray un ansia de “investigar la polivalencia del metaforismo y los campos asociativos de los elementos semióticos” (p. 138). Julia Kristeva, entre tanto, estudia las transformaciones de un lenguaje “violador de las reglas del Logos, porque aspira a decir más” (p. 139).

Ahora bien, ¿cuáles serían las diferencias entre el sistema metafórico masculino y femenino? Refiriéndose a las escritoras ya citadas (Marvel Moreno e Isabel Allende), Damjanova halla “una connotación sociosemántica” positiva con respecto a sus protagonistas. De hecho, su imaginería de plantas, aves y seres acuáticos o mitológicos, se contrapone con candidez a la de los escritores, cuyo bestiario de insectos y reptiles adereza García Márquez con diminutivos y recarga Plinio Apuleyo Mendoza de connotaciones viscosas. Luego, las páginas dedicadas al simbolismo cromático en las y los mismos novelistas, revelan que si ellos se alejan del clisé y demuestran cierta osadía en los contrastes, ellas tienen otra manera de percibir lo multicolor, “ligándolo con un mundo poético de semejanza a un nivel más abstracto” (p. 207). En cuanto a figuras y expresiones tabúizadas por referirse al cuerpo y a sus zonas erógenas, alcanzan en ellos una hiperbolización de atributos fálicos, mientras en ellas una autoidentificación de la genitalidad permite usar “términos de registro cotidiano con desenvoltura, sin recurrir a eufemismos” (p. 222).

La mujer fragmentada... ¿por el lenguaje? Allí donde Lucía Guerra traza las historias de un signo, Ludmila Damjanova explicita sus significantes y significados; una y otra explorando tópicos y modificaciones cruciales en el itinerario patriarcal. Ahora bien, si la figura de la mujer ocupa un puesto referencial en la codificación dialéctica de esta práctica investigativa, el Otro —y aquí se invierten los papeles— es elemento omnipresente en planteamientos y disquisiciones. Seguramente, para ambas autoras, resulta difícil reflexionar sobre el lenguaje “sin presuponer al mismo tiempo una

hora de liquidar el binomio cuerpo-alma, razón-corazón, pensamiento-sentimiento? Una ideología en que solo impera el yo lógico no puede admitir una subjetividad exenta de razonamiento dualistas. Cabe recordar que lo femenino, "siempre ha puesto como base un principio anti-trascendental, una recuperación de la dimensión sensible, de la corporeidad, de la sexualidad, del inconsciente" (Violi 136). Esta reflexión, profunda y constante, parece identificar a Lucía Guerra y a Ludmila Damjanova, como si una corriente de intertextualidad fluyera en páginas emparentadas por la percepción feminista y el rigor académico. De todos modos, en una y otra la relación teoría-obra aspira a revestir significados pragmáticos. ¿Cómo negar que un común esfuerzo, un común entusiasmo las hermana? En las postrimerías del siglo, protagonizan un feminismo que abarca la superación de los viejos esquemas binarios y la crítica radical en nombre de la nueva mujer.

Obras citadas

Arendt, Hannah. *The life of the mind. Thinking*. New York: Harcourt, Brace Jovanovich, 1977.

Damjanova, Ludmila. *Particularidades del lenguaje femenino y masculino es español*. Viena: Universidad de Viena, 1993.

Guerra, Lucía. *La Mujer Fragmentada*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1996.

Kaminsky K, Amy. *Reading the Body Politic - Feminist Criticism and Latin American Women Writers*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.

Violi, Patrizia. "Sujeto Lingüístico y Sujeto Femenino". *Feminismo y Teoría del Discurso*. Ed. Giulia Colaizzi. Madrid: Cátedra, 1990.